

Jorge Waxemberg

LA CRISIS DEL EXITO

Indice

Introducción	3
El sentido de la libertad.	6
Hacia un nuevo modo de pensar	21
La crisis del éxito	37

Introducción

¡Cuántas veces deseamos pensar en forma general sobre nosotros, la humanidad, el mundo, y no sabemos cómo hacerlo! Cuando nuestra mente no vuela tras distracciones se nos aparecen las ideas que se pegaron a nosotros y que no son nuestras: pensamientos de otros, productos de mentes desconocidas que nos dicen lo que debemos pensar. Además, cuando la vida no es lo que hubiéramos querido que fuese, nuestros deseos tuercen nuestras ideas hacia donde ellos apuntan, y ya no sabemos si pensamos de una manera porque es así o porque deseamos que así sea.

Vivimos defendiéndonos; nuestras opiniones son también un modo de defender lo nuestro. Es así que nuestros pensamientos tampoco discurren libremente; se ajustan al interés que tenemos en el momento. No puede entonces extrañarnos que no logremos comprender siempre lo que nos está ocurriendo.

El primer capítulo de este libro trata sobre aspectos de la libertad. El sentido de la libertad es, probablemente, uno de los tópicos más discutidos en todas las épocas. Todos defendemos nuestra libertad. Pero, ¿qué libertad? Pocas veces coincidimos con las respuestas.

El segundo capítulo, "Hacia un nuevo modo de pensar", supone que tenemos el hábito de pensar. Pero, ¿tenemos realmente un pensamiento propio? Son muy escasas las ideas originales; estamos tan acostumbrados a adoptar espontáneamente las opiniones vertidas por nuestras fuentes

de información que ya no sabemos distinguir cuándo pensamos por nosotros mismos. Más aún, pensar por sí mismo se ha constituido en un riesgo cada vez mayor de ser marginado, cuando no combatido o descalificado. Sin embargo, si no aprendemos a pensar corremos un riesgo aún mayor.

La mente es el instrumento más precioso del que disponemos; sacrificar su libertad sería sacrificar nuestra condición humana. Mucho se ha discutido y luchado por la libertad de pensamiento, pero esa libertad sería una ilusión si no fuéramos interiormente libres como para poder pensar.

Por otra parte, hemos aislado tanto de nuestra vida cotidiana a la idea de pensar, que nuestro modo de vivir puede estar en franca discordancia con las opiniones que vertimos, sin que eso signifique un conflicto ni para nosotros ni para otros.

La facultad de pensar se suele limitar a una técnica de razonamiento abstracto que pocas veces aplicamos al quehacer diario. Por este motivo su desarrollo no ha producido un adelanto correlativo en nosotros, ya que no sólo enfrentamos problemas racionales sino también vitales para nuestro bienestar y desenvolvimiento.

No es poco frecuente que personas con mentes brillantes y agudas no puedan solucionar problemas humanos elementales, fracasen en su vida privada o no alcancen a desarrollar suficientemente su sensibilidad y equilibrio interiores.

El tercer capítulo, "La crisis del éxito", puede dar la impresión de ser una crítica negativa a la sociedad actual y de no brindar esperanza de solución a sus conflictos. No es ésta nuestra intención. Poco favor haríamos si además de señalar nuestras deficiencias nos condenáramos a morir con ellas.

Pero la búsqueda de una solución real a los problemas y las tragedias que nosotros mismos generamos no nos es fácil, pues exige de nosotros un desenvolvimiento interior que acompañe, al menos, los adelantos logrados por la sociedad actual y que, además, nos prepare para cambios futuros que no alcanzamos todavía a vislumbrar, dado el ritmo acelerado del avance en el conocimiento y sus aplicaciones.

Si ofreciéramos nuevos planes teóricos como solución a los problemas humanos estaríamos sirviendo nuevos platos de la misma comida que nos ha enfermado: una nueva estructura intelectual para distraernos y no tener que vernos tal como somos. A veces se hace necesario golpear fuertemente la cáscara en la que nos encerramos para ver conclusiones que son evidentes. Somos duros para despertar, cuando ese despertar significa movernos por dentro. Nuestra inercia interior puede llegar a ser tan fuerte que suele parecer imposible un cambio espiritual en nosotros. Pero hoy es ya tan clara la necesidad de cambio, que cada uno de nosotros tiene la responsabilidad de despertar interiormente y expandir su estado de conciencia.

En este sentido, despertar es sacudir la inercia que nos mantiene presos de nosotros mismos, es ser capaces de confesarnos lo que somos, lo que hacemos y perseguimos, y es también tener suficiente fuerza interior para desenvolvernos espiritualmente.

Jorge Waxemberg

Octubre de 2011

El sentido de la libertad

Existe en nosotros un anhelo natural de libertad para vivir como queramos hacerlo, para experimentar, investigar, saber, ser. El ejercicio de esta libertad nos ha dado, como consecuencia, una sociedad cada vez más compleja que va corriendo paulatinamente, una a una, las libertades —o ideas de libertad— que tenemos en aras del adelanto de la organización, tanto de los estados nacionales como de la mayoría de las áreas de nuestra vida: trabajo, estudio y, en muchos casos, hasta esparcimiento. Esta contradicción nos plantea la pregunta: ¿qué es ser libre?

El desarrollo del conocimiento y el avance de la tecnología han traído profundos cambios en nuestra vida particular, en la estructura social y también en los conceptos de trabajo y de utilidad. Estos cambios nos dan nuevas posibilidades y, por lo tanto, implican nuevos desafíos a la imaginación y la inteligencia no sólo respecto de nuestras actividades sino también de nuestros valores. Vivimos en un nuevo contexto que, además de hacernos pensar sobre cómo vamos a vivir, trabajar y relacionarnos, nos lleva a reflexionar sobre las ideas que hasta ahora teníamos; especialmente la de libertad.

En el ámbito de nuestras actividades, es común contraponer la idea de libertad a la de esclavitud en las obligaciones que tenemos que cumplir. Nuestra vida, entonces, oscila entre pares de opuestos: respiros de alivio entre períodos de tensión; momentos de relativa irresponsabilidad entre otros de responsabilidad.

Si definimos la idea de libertad por oposición a la de esclavitud, hacemos de la libertad un estado contradictorio. Porque si por una parte deseamos una organización eficiente que coordine los esfuerzos y haga óptima la producción para solucionar nuestras necesidades, por la otra rechazamos las consecuencias inevitables de esa misma organización, en cuanto ataca lo que entendemos son nuestras libertades individuales.

De la misma manera, si pretendemos que el estado nos proteja en la mayor parte posible de nuestras necesidades, también dejamos a su arbitrio la mayor parte de nuestras opciones. Cuando más ajustada es la organización, menor es el margen que deja a nuestras libertades.

Si bien comprendemos que el ejercicio de la libertad se enmarca dentro de ciertos límites, cuando éstos se hacen cada vez más estrechos, el campo donde esa libertad es posible queda tan reducido que ya no sabemos con claridad qué es ser libre.

En la medida en que aumenta el número de personas sobre la tierra se van agotando los recursos naturales, las comunidades humanas crecen y se interrelacionan en forma más profunda, la vida se hace más compleja, las comunicaciones y la capacidad de información se multiplican, las sociedades se organizan más y más. Todo esto produce el progresivo despojo de nuestra vida privada hasta el punto en que *ya no queda casi nada que podamos guardar para nosotros. Independientemente de las circunstancias que vivamos o del contexto en el que nos desenvolvamos, perdemos paulatinamente la libertad de ser nosotros mismos, como personalidades aisladas e independientes del conjunto.* Y éste era,

hasta hoy, uno de los aspectos más definidos en la idea de libertad, al menos en nuestra cultura.

En la sociedad actual tenemos cada vez menos derecho a disponer de nuestro tiempo, nuestra vida, nuestro ser.

No importa tanto, en realidad, determinar quiénes son los enemigos de nuestra libertad sino tomar conciencia de que la tecnología nos quita progresivamente los campos en donde podíamos desenvolvernos según nuestra idea de libertad y nos va llevando hacia un complejo sistema de reacciones automáticas, pre-ordenadas. La vida artesanal es cambiada por la eficiencia técnica; la vida individual es trocada en vida colectiva. Y con esto pareciera que se acaban nuestros ideales de libertad.

Puede parecer llamativo que no exista una resistencia organizada en defensa de las libertades que entregamos en aras de la eficiencia de la organización y la tecnificación. Si bien es evidente el temor y el rechazo a una sociedad cada vez más fría en su eficacia, menos humana, no nos oponemos a ella. Sería oponernos al progreso.

Sentimos que estar en contra del avance de la ciencia y de su aplicación en la tecnología sería retroceder y coartar la más estimada de las libertades del individuo, la de saber. Pero este conocimiento se vuelve en sus consecuencias contra nuestras ideas de libertad, nos encierra y aprisiona. La necesidad de organización nos quita la libertad de ser desorganizados. Y quizá esa libertad, la de la desorganización, la de seguir el antojo del momento, sea una de las pocas que realmente conocemos.

En esta época de conquistas asombrosas, en la que están al alcance de la mano posibilidades que hasta hace poco eran

sueños de visionarios, es trágico el anacronismo de las doctrinas que pretenden sustentarnos y que, en el mejor de los casos, pertenecen a una época de la que nos separa más de un siglo en años y un universo en distancia.

Se hace pues necesario replantear los postulados que nos ubican en el mundo y la vida, so pena de quedar marginados de la historia y ajenos a las posibilidades que hoy se nos abren.

Creemos que somos libres si podemos dar nuestra opinión como nos plazca; que tenemos libertad de conciencia si podemos optar por la creencia que mejor nos parezca. Pensamos también que nadie puede obligarnos a trabajar o estudiar si no deseamos hacerlo; que nadie tiene derecho a meterse en nuestra vida privada mientras cumplamos las leyes. Pero sentimos asimismo que no siempre queremos hacer lo que sabemos que debemos hacer, y cuando podemos no cumplir nuestras obligaciones creemos que ejercemos nuestra libertad. Pero, ¿podemos discutir la necesidad de hacer lo que hay que hacer?

¿Qué queda de la libertad cuando la suma de deberes, obligaciones y responsabilidades se hace cada vez mayor?

Cuando la organización llega a un cierto grado de complejidad, nuestra condición de ser humanos es invadida en algo tan elemental como la facultad de decidir y elegir. La satisfacción uniformada de las necesidades, condicionada por los medios de propaganda y venta, disminuye paulatinamente en nosotros la capacidad de elección y decisión consciente para satisfacerlas.

Por eso, nos preguntamos ahora cuál será el campo real en el que cada uno de nosotros pueda ejercer su libertad, ese

campo que es inherente al ser y que la organización no puede alcanzar.

¿Cómo podemos conciliar la idea de libertad con la de participar en una sociedad que amenaza con hacernos desaparecer en una masa anónima?

Si limitamos la vida a una sucesión de actos que hacemos, en realidad no nos queda casi nada. El asunto estriba en que sabemos muy poco de vivir fuera de esa proyección en el hacer, el ir y venir, el ganar y poseer. Nuestra conciencia de ser descansa fundamentalmente en nuestra capacidad de hacer. Y ese hacer busca proyectarse en actos concretos, objetivos, exteriores.

El concepto que tenemos de las personas, de los acontecimientos, y aun de los valores, está marcado por nuestra identificación con lo que hacemos y, muy frecuentemente, con lo que conseguimos a través de lo que hacemos. Pocas veces reparamos suficientemente en la distancia que existe entre lo que hacemos y lo que somos. Sin embargo, es inevitable que lo que cada persona hace lleve el sello de lo que ella es. Tanto es así que, si bien muchas de las conquistas humanas son grandiosas y notables, sus frutos no han evitado el dolor y la destrucción.

Nuestra proyección en la acción exterior centra la búsqueda de la libertad en la facultad de movernos, de hacer, de hablar —que no significa necesariamente libertad de pensar—. Por ejemplo, el modo en que entendemos la libertad de culto hace que ésta sea relativa, ya que la inmensa mayoría de las personas que nacen dentro de una creencia mueren en ella. Es bueno que cada uno sea fiel a su fe, pero son muy contados los que la eligen conscientemente, en libertad.

La libertad de pensamiento se observa muy raramente. En general se la confunde con la facultad de disentir. Sin embargo, es relativamente fácil anticipar las líneas generales de las opiniones de una persona con solo saber el país en el que ha nacido, su nivel económico, su religión, el círculo social en el que actúa y los textos que lee.

La mayor parte de las ideas y valores que tenemos no han sido elaborados y elegidos por nosotros mismos sino que, simplemente, los hemos aceptado. Esta aceptación llega a ser tan completa que uno cree que realmente piensa así. Lo corriente es que uno piense según su religión, su inclinación política, su clase, su raza, su país. Uno en verdad piensa de acuerdo al círculo al que pertenece; si no lo hace así es marginado como inadaptado, rebelde, perturbador o, simplemente, enemigo. Si lucha para conquistar una libertad exterior — al fin, la libertad de expresión es exterior— contará con apoyo y simpatía; pero si siente que la libertad comienza por la libertad interior, recién comprenderá el precio de la libertad. Y también algo de su sentido.

Todavía es posible escapar de la tiranía de la sociedad organizada; aún quedan en el mundo islas deshabitadas, rincones apartados en los que se puede vivir la libertad natural. No obstante, muy pocos piensan en ir a ellos. Es que tal retiro se concibe como una huida, un escape de la realidad y del compromiso con la humanidad y con el mundo. Aun cuando este compromiso nos cargue con dolores que no hubiéramos deseado sufrir.

Hoy todavía luchamos denodadamente por defender nuestra libertad, que pugna siempre con la de nuestro vecino. No existe un límite fijo que marque donde termina el derecho personal y comienza el de la comunidad. El sentido de los

derechos personales está íntimamente relacionado, en realidad, con el sentido de responsabilidad que cada uno tiene respecto de la comunidad. Y esta responsabilidad no es aún bien entendida, ya que la mayoría de nosotros tiene una actitud de defensa frente a la sociedad. No terminamos de comprender que no podemos separar a la sociedad de nosotros mismos.

Si uno opone su noción de ser como individuo a la de su ser social, establece una división dentro de sí mismo y, consecuentemente, una oposición entre lo que entiende son sus propias necesidades y derechos, y los que le corresponden como ser social.

Si uno se sitúa en el mundo como un punto de conflicto en el que lucha el individuo contra la masa, el individualismo contra la responsabilidad social, es un ser dividido y no hay paz ni en uno ni en el mundo. La pugna entre los sistemas de ideas es en realidad una lucha que ocurre en nuestro interior; la personalidad que hemos adquirido no resigna el combate contra lo que somos como seres humanos.

No podemos ser libres mientras nuestra vida sea la expresión de una lucha continua entre el querer y el deber. Cuando uno es interiormente un campo de batalla, ¿cómo puede saber quién es, qué quiere, qué debe hacer y cuáles son su posibilidades?

Es que en el centro del conflicto no están las ideas ni las estructuras, sino el individuo. Y ese individuo: lo que cada uno es como persona, como ser social, como fenómeno existencial, es lo que se cuestiona.

Las circunstancias han hecho que ya nada sea intocable. Las posiciones en las que estamos habituados a atrincherarnos

son cuestionadas y han dejado de ser irreductibles. El derrumbe de algunas estructuras no ha significado para nosotros una liberación sino mayor inseguridad y temor. Al no estar habituados a vivir y pensar por nosotros mismos y al no poder confiar en los sistemas que pretenden hacerlo por nosotros, nos sentimos sin apoyos y sin tener adónde recurrir. Y esto nos hace vivir esperando. Esperando que algo ocurra. Que, de alguna manera, llegue el punto final para una situación insostenible; algún tipo de gran cambio. Mientras tanto, del temor nace la angustia, la agresión, y aun la tendencia hacia la autodestrucción.

Pero ninguna salida tiene sentido si su fin es destruir; ningún cambio valedero ni valores nuevos nacerán luego por generación espontánea. Mientras hoy vemos cómo se derrumban muchas de las bases de nuestras sociedades, no se muestran con claridad otras nuevas y mejores.

Si hemos sido condicionados para pensar y actuar como lo hacemos, no podemos llamar libertad a la capacidad de actuar y pensar así. Y es difícil escapar de tal condicionamiento, porque quien siempre es llevado de la mano no aprende a caminar por sus propios medios.

Esta dependencia frustra los intentos de lograr una verdadera libertad. Por otra parte, aunque uno pueda sustraerse del medio organizado no puede escapar de sí mismo, vaya donde vaya. Y descubre así que es tan esclavo de sí mismo como puede serlo de cualquier sistema.

No hay estructuras, organizaciones sociales ni sistemas que por sí mismos puedan condicionarnos y esclavizarnos si no les damos nuestra fuerza para hacerlo, la que produce el deseo egoísta de poseer, ya sea bienes como una felicidad exclusiva. Ésta es una fuerza irrefrenable que nos lanza en

una carrera de avidez inconsciente y sin sentido que no hace otra cosa que sumar egoísmo a la enorme carga de indiferencia, separatividad y dolor que ya tenemos. El deseo se hace nuestro dueño, y creemos que somos libres al obedecerle. Pero mientras permanezcamos esclavos de nosotros mismos no podremos dejar de ser esclavos de otros o de aquéllo que nos venga defuera de nosotros; la avidez nos hace débiles.

No podríamos ser condicionados a hábitos de consumo si no hubiera en nosotros un ansia de poseer y consumir que va mucho más allá de nuestras necesidades reales. El ansia de poseer muestra la inseguridad de la que somos presa, por la que buscamos crecer a través de cosas o renombre, ya que no podemos o no sabemos crecer como seres.

Hemos aprendido a vivir a través de la satisfacción de nuestras necesidades. Pero hoy ya no sabemos con claridad qué es lo que verdaderamente necesitamos porque hemos sido formados para necesitar lo que el medio nos ofrece. Hemos sido educados para ser buenos consumidores de bienes de toda índole, tanto materiales como económicos, ideológicos o espirituales. Y no podemos separar nuestro modo de vivir de la necesidad de consumirlos. Este hábito nos identifica de tal modo con lo que consumimos que ya no podemos distinguir con nitidez quiénes somos.

Así como nos capacitamos cuando queremos realizar lo que consideramos deseable, tenemos que adquirir libertad respecto de lo que alcanzamos. Cuando adquirimos una capacidad o aprendemos algo tendemos a adherir lo que podemos hacer o lo que sabemos a nuestra noción de ser, noción que reducimos a la personalidad que hemos adquirido adornada con lo que aprendimos, un bien —o algo que sea un

valor para nosotros— que podemos lucir y por el cual queremos ser reconocidos. Por ejemplo, estudiamos para ser médicos, abogados o ingenieros. Una vez que tenemos el título, cuando llegamos a un lugar alguien dice, por ejemplo, “llegó el ingeniero”, aunque hayamos acudido a una reunión social que nada tiene que ver con la ingeniería. El asunto no es cómo nos llaman, sino lo que sentimos que somos por nuestro título o nuestra capacidad. Ese sentimiento, en la mayoría de las veces, nos hace actuar en todas partes como profesionales, o artistas, o técnicos, o lo que creamos que somos, y no simplemente como personas. Esa forma de actuar es muchas veces paternalista, como si nos sintiéramos por encima de quienes saben menos o pueden menos que nosotros.

De ahí la importancia de comprender que, atados como estamos al afán de poseer, nuestras realizaciones nos esclavizan en vez de liberarnos. Si amásemos la libertad tendríamos que poder desprendernos de los frutos de nuestras conquistas cuando tenemos la posibilidad de alcanzar nuevos horizontes. Pero también tenemos que reconocer que es más difícil tener la libertad de dejar que la capacidad de obtener lo que deseamos. Mas esa libertad es la condición que transforma una conquista en un bien real. Porque la libertad respecto de lo que tenemos y logramos transforma la posesión exterior que podamos tener en una interior. Y la libertad interior nos muestra que recién es realmente nuestro aquello que, por ser intrínseco, no podemos perder; no se puede separar de lo que somos.

De la misma manera necesitamos entender nuestras limitaciones. Generalmente identificamos como sistema esclavizante a la estructura a la que nos oponemos, sin darnos

cuenta de que dependemos más de aquélla en la que nos apoyamos.

Libertad es, precisamente, la que nos permite revisar esos puntos de apoyo.

Cuando debemos seguir el ritmo de la tecnología o de la organización, pensamos a veces que perdemos libertad. En realidad, más que la tecnología o una organización, son nuestras propias debilidades las que pueden atarnos a los sistemas.

Reconozcamos que nos integramos a sabiendas en la organización porque estimamos más lo que ella nos da que lo que nos quita. Y nos quita, precisamente, una idea de libertad que ya no nos entusiasma.

¿Significa esto la negación del anhelo de libertad que suponemos inherente al ser? Lo que ocurre es que lo que realmente buscamos es una libertad que no esté contenida ni limitada en conceptos; anhelamos una liberación real y profunda. La buscamos a través de la ciencia y la técnica, como también a través de diversas doctrinas espirituales y luchas sociales. Y en esa búsqueda solemos confundir y mezclar diferentes ideas de libertad.

Hoy nos apresuramos a ubicarnos en alguna de las casillas estandarizadas, para afirmarnos y sentirnos seguros: intelectual, materialista, soñador, exitoso, perdedor, rebelde, ignorante, mediocre, dogmático, conformista, etc. ¿Cuál es la casilla que nos corresponde como seres humanos?

De poco nos vale romper los sistemas exteriores si no comprendemos nuestra estructura interior unilateral y condicionada.

Cada vez que avanzamos en la comprensión de lo que no somos, de lo que no nos pertenece porque es producto de la historia, las circunstancias, el medio, adelantamos en el conocimiento de lo que somos y de nuestras posibilidades interiores, aquéllas que responde a lo que el ser es. Y este paso se traduce en libertad.

¿De qué nos vale alcanzar la libertad de movernos, de expresarnos y demás, si estas manifestaciones no son genuinamente nuestras?

Lo cierto es que la libertad y la plenitud son bienes interiores que no dependen tanto de lo que recibimos ni de nuestras conquistas materiales, sino de nuestra actitud frente a los bienes, la sociedad, la vida y el mundo.

Si a la libertad exterior que vamos perdiendo no la equilibramos con un desarrollo de nuestro estado de conciencia, seremos cada vez más eficientes, como lo son las máquinas o los robots, mientras nos perdemos como seres humanos.

En la medida en que nos entendemos a nosotros mismos como parte inseparable de la humanidad y del mundo, nos liberamos de una noción de ser limitada y parcial y logramos una conciencia que abarca a todos los seres humanos y a un mundo que se extiende más y más.

La libertad interior es más difícil de conseguir que la exterior, y aún de definir, porque no depende de triunfos sobre otros o sobre una sociedad opresora, sino de nuestro desenvolvimiento interior, de la capacidad de ser libres respecto de nosotros mismos. Esto requiere un trabajo interior que se traduce en un nuevo tipo de esfuerzo. Las luchas interiores no pueden objetivarse de la manera como lo hacemos con un enemigo externo. Por lo tanto, cambia el concepto de

enemigo y de victoria. La pasión destructora se hace un esfuerzo de transmutación, porque no podemos arrancar de nosotros las partes que consideramos malas sino sólo transformarlas.

Lo mismo ocurre respecto de nuestro esfuerzo para lograr una sociedad más armónica y en paz. Al dejar de dividir el mundo entre amigos y enemigos descubrimos a la humanidad, quizá por primera vez. Y ese descubrimiento, producido por nuestra expansión interior, se traduce en una responsabilidad total frente los seres humanos y al mundo. Ese nuevo sentido interior de responsabilidad hace que resignemos nuestra idea de libertad personal y separada; comprendemos que recién somos libres cuando renunciamos a nuestra libertad particular.

Nuestro compromiso interior ya no nos permite interpretar la libertad como la facultad de hacer lo que se nos da la gana; nuestra opción se reduce a la de decidir, en cada momento, si estamos dispuestos a ser y hacer lo que sabemos que debemos ser hacer en el contexto de un estado de conciencia cada vez más amplio y participativo.

La libertad se transforma en una verdadera necesidad de vivir nuestro compromiso interior con la humanidad, con el mundo y con nosotros mismos.

La libertad comienza, entonces, con la capacidad de crecer interiormente más allá de nuestras limitaciones, trabas y condicionamientos; de crecer forma expansiva, consciente y plena. Este crecimiento transforma la visión que uno tiene de la vida, de sí mismo, de la humanidad y del mundo, y lo va integrando a la realidad, hasta que uno deja de constituirse en algo opuesto —*mi* realidad frente a *la* realidad— y

adquiere un estado interior de participación en el que desaparecen las contradicciones.

La libertad, al ser interior, deja de presentarse como un objetivo para conquistar y defender, y se muestra en una nueva visión, amplia y expansiva, del ser humano y de sus posibilidades. Así como esta visión nos ubica en el contexto de toda la realidad que percibimos, así también despierta en nosotros la conciencia de nuestra individualidad.

Es por esto que tendríamos que hablar de libertad sólo en relación a la conquista de nuestra individualidad. Y esta realización, que es interior por excelencia, marca el camino del desenvolvimiento de nuestro campo de conciencia, de lo que somos como seres en un mundo en el que la posibilidad de hacer es tomada progresivamente por mecanismos automáticos.

La transformación de la acción exterior en una interior marca un cambio fundamental en nuestra conciencia. Y este cambio determina el comienzo del desenvolvimiento de nuestro ser interior que hasta ahora conocemos indirectamente, ya que lo que nos resulta evidente en nosotros no va más allá de las reacciones y manifestaciones del ser — nuestro ser— que no conocemos.

Este mundo interior es el ámbito donde hemos de desarrollar un nuevo sentido de libertad, el de ser lo que realmente somos, el del encuentro final con nosotros mismos, para redescubrir desde allí a la humanidad, al mundo, al universo. De no ser así, todos nuestros avances y descubrimientos sólo nos informarán de una realidad que no podemos incorporar a nosotros y que, por lo mismo, no deja de sernos extraña.

La lucha por la libertad, entonces, se traslada a nuestro interior y se expresa en una renuncia que nos hace posible saber lo que queremos, lo que hacemos, lo que somos. Porque al terminar con nuestra identificación con lo que deseamos, con nuestras cosas, nuestros bienes, nuestras ideas hechas, terminamos también con la dependencia interior respecto de los mismos.

Esa renuncia nos permite tomar distancia, independizarnos de nuestras reacciones, conocer por qué pensamos como pensamos, deseamos como deseamos, obramos como obramos. Y al liberarnos de una vida condicionada al estímulo-reacción ya no hay lazo que pueda atarnos.

No conseguimos libertad interior por la fuerza ni la alcanzamos a través de las posesiones o el poder. La libertad interior es fruto del renunciamiento a nosotros mismos. Nuestra renuncia disuelve los lazos que nos atan a las cosas, a las ilusiones, a los sueños; rompe la cárcel que nos condiciona a los deseos y los impulsos. Nos permite conocer lo que realmente somos, y serlo.

Y esto es comenzar a ser libres.

Hacia un nuevo modo de pensar

A pesar de que los seres humanos nos vemos divididos y enfrentados por concepciones diferentes de la vida y el mundo, un análisis menos superficial revela que lo que realmente nos separa no son las ideologías que profesamos sino el alcance que nuestros estados de conciencia dan a esas ideologías.

Podemos creer que nos esforzamos por el bien de la humanidad, pero en cada estado de conciencia concebimos ese bien de manera diferente. Muchos luchamos y trabajamos sólo para nosotros mismos; otros lo hacemos para nuestra familia, o por nuestro país, nuestro credo o nuestra raza.

Es inevitable, entonces, que los diferentes círculos humanos choquen entre sí. Aunque ese choque se haga invocando los más nobles ideales, es preciso comprender que tal lucha se desarrolla dentro de un mismo estado de conciencia. Una conciencia que, al no integrar la existencia en un fenómeno uno y único, sólo la percibe a través del dualismo de los contrarios: yo y no-yo: mi vida y la vida; mi interés, opuesto siempre a aquello que, por no pertenecer al círculo de mi yo, no me interesa, no me incumbe, no cae bajo mi responsabilidad y, al no estar protegido por mis valores éticos y espirituales —que funcionan únicamente dentro de mi círculo—, puede ser objeto de conquista, rapiña o destrucción.

Pero quien usa su familia para fines personales sacrifica su familia; quien vive en una comunidad sin integrarse interiormente a ella se transforma en un obstáculo para la uni-

dad y realización de la comunidad. Los límites de lo que consideramos nuestro marcan consecuentemente aquello que, por no ser nuestro —ya sean bienes, personas, tierras o credos— es opuesto a nosotros y factible de libre apropiación, segregación, persecución o aniquilación sin trabas morales.

Quien entiende la vida, al mundo y a los seres humanos como una unidad indivisible, trabaja y lucha para todos ellos. Pero cuando consagra su vida al bien de la humanidad sin hacer diferencias dentro de ella, con demasiada frecuencia sufre la incompreensión y la oposición de los sectores en pugna que, al no poder encasillar una actitud universal dentro de la limitación de sus objetivos particulares, la consideran peligrosa para el equilibrio y sostén de sus estructuras. Hoy en día resulta sumamente difícil hacer entender una actitud no parcial y sin adherencias, que no esté dirigida a favor o en contra de algo o de alguien. Es inevitable que así suceda; un esfuerzo movido por una concepción más amplia y universal es propia de un estado de conciencia que trasciende la separatividad de círculos más limitados.

Las diferencias aparentemente irreconciliables que hoy nos mueven a destruirnos mutuamente son expresión de un mismo estado de conciencia, no importa cuáles sean las ideologías o credos que profesemos.

Por supuesto, no pretendemos decir que todos pensamos de la misma manera, sino que el objeto de nuestros esfuerzos y el sostén de nuestras creencias, llámeselos como se los llame, son idénticos como valores en sí y producen las mismas consecuencias en el mundo y en nuestra vida. Esta afirmación, que a primera vista puede parecer exagerada, evidentemente no puede incluir a todos los seres humanos, pero es tristemente cierta para la gran mayoría de nosotros. Nuestra

forma de sentir y de pensar, si bien idealmente es correcta en sus conceptos morales y espirituales, en la práctica nos lanza unos contra otros. Cuando los valores rectores surgen de un estado de conciencia de separatividad, la lucha por el predominio se hace inevitable.

Muy difícilmente habrá solución para los males humanos dentro de este estado de conciencia; los problemas que sufrimos son consecuencia de dividir en partes la unidad que es la vida, la humanidad y el mundo. Si bien el conocimiento de las partes nos da poder, es la conciencia de la unidad la que hace de ese poder un bien para el mundo.

Cambiar de nivel, trascender la separatividad, es ubicar las diferencias en vez de destruirlas.

Ya no negamos el derecho que todos tenemos a vivir y desarrollar nuestras posibilidades; comprendemos que las diferencias de las distintas razas y culturas son sólo superficiales, que detrás de las apariencias y características de cada uno está el mismo ser, con sus necesidades y posibilidades inherentes. Sin embargo, ese ser aún debe luchar tenazmente para vivir. La oportunidad de un buen desenvolvimiento se da en pocos sectores humanos, mientras que la gran mayoría apenas alcanza un estado de supervivencia.

Cuando el desarrollo de una persona significa el atraso de otra, tal desarrollo es falso. Igualmente, si el adelanto de un pueblo se asienta en la pobreza de otros, su avance no implica un desenvolvimiento real.

Desde este punto de vista, entendemos por desarrollo el desenvolvimiento integral del ser humano y no solamente el desarrollo de algunas de sus capacidades. Los problemas actuales muestran que el adelanto técnico alcanzado no res-

ponde a un avance de la persona como ser humano sino a un mero aumento del conocimiento que esa persona tiene a su disposición.

Cuando el crecimiento del poder material se hace mayor que el crecimiento de las personas como seres humanos, ese poder se vuelve en su contra. Ellas se vuelven contra sí mismas: su propia imagen encarnada en la figura del otro: otro ser, otro pueblo, otra raza, otra ideología.

El adelanto unilateral del poder material muestra el atraso de nuestra humanidad, al no caminar al mismo paso que nuestros conocimientos y técnicas. Sería ingenuo que, para alcanzar el equilibrio, pensemos en detener el desarrollo de la ciencia y de la técnica; lo que tenemos que preguntarnos es cómo detener la decadencia de nuestro ser en relación a ese desarrollo. Mantenemos nuestra pequeña estatura espiritual mientras nuestras manos crecen desmesuradamente hasta transformarse en garras de rapiña y destrucción.

El modo de apreciar el desarrollo de un conjunto de individuos es evaluarlos por lo que son como seres humanos y no por el poder del que pueden disponer o abusar. El avance técnico y científico muestra una capacidad evidente de investigación y aplicación del conocimiento, pero no revela que quien tiene el poder que otorga esa capacidad sea mejor que quien no dispone de tal poder.

Frente al universo que hoy se abre ante nosotros nos sentimos sacudidos por las nuevas posibilidades que conmueven los valores con que vivíamos y nos desarrollábamos.

Cuando los acontecimientos nos llevan a situaciones nuevas, buscamos soluciones. Instintivamente nos resistimos al cambio porque lo sentimos como un ataque, un des-

equilibrio, un problema. Lo nuevo siempre origina un conflicto, altera la estabilidad. Sin embargo, en nuestra sociedad actual equilibrio no significa armonía, ni estabilidad es sinónimo de justicia o de paz. Nuestra paz no se opone a la violencia sino a un cambio en su violencia oculta.

No hay solución para transformaciones que son parte de la vida misma. Las soluciones que ofrecemos son generalmente el disfraz con que disimulamos nuestra oposición sistemática a todo cambio profundo. Si la vida es devenir, es transformación. En vez de buscar soluciones que intentan restituir las cosas a un estado anterior más primitivo, necesitamos tomar el ritmo de las transformaciones que el desenvolvimiento de la humanidad nos exige y, si no podemos lograrlo, al menos dejar paso y alentar a los que sí pueden hacerlo.

En lugar de dejar correr la imaginación soñando con lo que puede llegar a ser el mundo del futuro, sería mejor que intentemos captar lo que ya estamos en condiciones de ser como seres humanos.

Imaginar un mundo futuro beneficiado con el progreso y los adelantos tecnológicos nos encanta y entretiene, pero no nos compromete. El progreso y la tecnología nos permiten vivir de otra manera, pero no nos hace seres diferentes. Tal cosa nos comprometería, ya que nos exigiría una revaloración de nuestra ubicación en la existencia.

Los objetivos que hoy nos mueven se relacionan con lo que somos hoy. Pero un objetivo se hace realidad sólo a través del tiempo; cuando alcanzamos nuestras metas, éstas ya no tienen gran sentido para nosotros porque pertenecen a un ser que pasó y ya no existe. El ritmo de nuestros cambios hoy va más rápido que el de nuestra historia. Por esto,

nuestras aspiraciones deberían basarse en nuestro propio desenvolvimiento, para que adelantemos como individuos al paso de nuestras conquistas.

Un mundo más desarrollado debería ser para un ser humano más desarrollado. De no ser así, cuando tal mundo se haga realidad seremos extemporáneos. Esto significa, en concreto, que el impulso que nos mueve a progresar debería contar con motivos más altos y dignos que los que ahora nos mueven. El deseo de beneficios personales, las pequeñas ambiciones de poder y notoriedad, el ansia por usufructuar al máximo los bienes que podemos arrebatarse a la vida o a la sociedad, no pueden constituir el cimiento de una humanidad mejor.

Cuando las posibilidades son tan altas como las que se nos muestran hoy, nuestras aspiraciones tendrían que ampliarse hasta hacerse una vocación de realización como seres humanos. El desafío que hoy nos presenta el futuro nos demanda una nueva dimensión interior para cumplirlo.

Nuestros objetivos, entonces, han de estar en función de nuestras posibilidades actuales y no de las de quienes éramos ayer. Esto pide que nos desprendamos de los valores enquistados por el hábito y, especialmente, por la comodidad de no pensar en otros más altos que nos exijan un cambio.

Es relativamente fácil hallar quien esté dispuesto a hacer un trabajo exterior; muchas manos se tienden al primer llamado. Pero un cambio interior es de otra naturaleza; la inercia es inmensa y son pocos los dispuestos a trabajar en el desenvolvimiento de sí mismos.

La capacidad creadora se concentra actualmente en lograr adelantos materiales, con resultados extraordinarios, pero aún no sabemos aplicarla al desarrollo del ser como tal. Cada uno de nosotros tendría que ser, para sí mismo y para la sociedad, el principal objeto del adelanto, ya que así adquirirían sentido los demás adelantos que podamos lograr. Esta falta de capacidad o de disposición para un desenvolvimiento integral nos coloca hoy en la situación de estar a merced de nuestras obras y al borde de la autodestrucción. La necesidad de que la humanidad desenvuelva sus posibilidades espirituales es ya una cuestión de sobrevivencia.

Para solucionar nuestros problemas no nos ha servido de gran cosa mirar hacia atrás. El resultado de la historia es lo que somos hoy, y la encrucijada en que nos encontramos exige una imaginación mayor que las que registra nuestra historia. Pero si mirar hacia atrás no nos ayuda, hacerlo hacia adelante puede llevarnos a sueños y quimeras. Miremos entonces dentro de nosotros mismos, con profundidad y libertad interior, con un anhelo real de expandirnos y participar del destino y las posibilidades de toda la humanidad.

Es frecuente que nuestra primera reacción sea escapar de los problemas y que nuestro deseo de encontrar soluciones esconda el ansia de zafarnos, de encontrar un escape particular que nos sustraiga de las angustias humanas. Pero buscamos lo imposible; cada vez que pretendemos aislarnos, nuestros pasos nos vuelven al punto de partida y nos obligan aceptar lo que cada uno de nosotros es: un ser asombrado y confundido, aturdido por su poder y sus dolores, temeroso de salir de su cueva de deseos pequeños y sueños pobres. La búsqueda de una salida personal es el modo de

huir de problemas que nos dicen, continuamente, que hemos de ser universales.

Acostumbrados a pensar desde un yo limitado, nuestros movimientos son centrípetos, sostenidos por un afán posesivo que se adueña de la realidad y la atrae hacia nuestro yo, la identifica con ese yo y, por eso, la desfigura y desnaturaliza. El yo se transforma así en un devorador insaciable no sólo de bienes sino de posibilidades, las que destruye al querer hacerlas personalmente suyas.

No hay solución personal y aislada para un problema vital que comprende toda la realidad de la que somos sólo una partícula. Por consiguiente, necesitamos pensar de un modo diferente, un nuevo modo de pensar que nos ubique en la vida, en el mundo y sus problemas como lo que realmente somos. Necesitamos alcanzar una conciencia expansiva que nos haga verdaderamente universales.

Un nuevo modo de pensar surge de una ubicación interior diferente de la habitual en nosotros. En vez de limitar la vida y el mundo a la visión de un yo personal, con deseos pequeños y problemas circunstanciales, contemplemos al mundo y a la vida tal como sabemos que es. De esta manera nuestro yo deja de ser un punto de contradicción entre nosotros y el mundo.

Cuando el punto de partida del pensamiento no es un yo personal limitado sino el ser ubicado en su dimensión universal, el movimiento del pensamiento se hace expansivo. Al desocupar el centro, al dejar de ser el foco único de atención dentro de una problemática que, por pertenecer a la existencia no puede hacerse personal, ya no es *este* ser sino *el* ser el punto de partida y la finalidad de nuestras consideraciones.

Al lograr un enfoque más amplio de los problemas humanos los comprendemos en profundidad; ya no se nos muestran como los problemas de un individuo o de un grupo, de un pueblo o de una raza, sino como problemas del ser humano. Se hacen universales en su alcance y exigen así una solución para el ser humano y no para este ser humano solamente.

Si la finalidad de nuestros los esfuerzos se asentaran en el beneficio de un yo separado y opuesto a los demás, todo el curso de las consideraciones y la naturaleza de las conclusiones que podamos hacer se desfigurarían y desnaturalizarían. Cuando pensamos no sólo en nuestros problemas y conflictos particulares sino también en nosotros mismos como seres humanos dentro de nuestro marco natural, el universo, nuestro pensamiento se amplía hasta tener un alcance universal. Comprendemos que los conflictos humanos son producidos por la limitación de nuestro estado de conciencia y el corto alcance de nuestras aspiraciones.

El resultado de un pensar universal es el desarrollo de la conciencia que trasciende la frontera del ser como persona separada y, consecuentemente, da una mejor comprensión de sus problemas. El resultado de un pensar universal en la conducta es la participación con el ser humano, resultado de un amor inclusivo. Este amor que une ser con ser y hace de mi ser *el* ser no es, por supuesto, un movimiento sentimental ineficiente, un lamento por los males del mundo o una lástima momentánea por los seres que sufren. Es un amor que nace de la expansión de nuestra realidad interior, que cubre a todos los seres humanos porque los comprendemos en nosotros mismos.

Los demás seres ya no son para uno "la humanidad", ese ente abstracto y amorfo que nos permite separarnos de sus

problemas para contemplarlos como extraños. La humanidad es cada una de las personas, y uno mismo. Porque uno es este, ese y aquel ser humano. Uno es todos los seres humanos porque uno es *el* ser humano.

El amor trasciende la etapa de la emotividad y se hace un estado de conciencia; es un conocimiento interior profundo que da un punto de partida amplio y universal para concebir valores acordes con la ubicación universal del ser en el cosmos.

El primer paso de la expansión de nuestra conciencia es el que damos hacia nuestro semejante; no podríamos alcanzar una conciencia cósmica si excluyéramos a las personas que están a nuestro lado. Luego incluimos a cada persona como humanidad. A partir de allí, nuestra noción de ser va creciendo hasta abarcar toda nuestra realidad y nos ubica *con* la humanidad y *como* humanidad, en el cosmos.

Este movimiento que lleva hacia una conciencia más amplia y completa de lo que somos supone un nuevo modo de pensar; esto es, un pensamiento expansivo que traslada los problemas humanos a su escala cósmica y así los muestra en su verdadera dimensión. También revela la triste y pequeña dimensión de nuestra conciencia cuando generamos conflictos extraños a nuestras posibilidades extraordinarias, nos envolvemos en ellos y destruimos por ellos.

Es lamentable, por esto, el atraso de las ideologías del momento respecto del adelanto alcanzado en la conquista del conocimiento. Para solucionar nuestros problemas, propios de un rápido desarrollo, nos apoyamos en ideas creadas para un tiempo diferente, más restringidas en sus conocimientos y en el alcance de sus posibilidades.

A pesar de nuestras conquistas científicas y tecnológicas, incluso las que nos llevan más allá del contexto terrestre y amplían hacia el cosmos la frontera de la experiencia humana, ese progreso no ha dado consecuencias apreciables en la conciencia de los valores de la humanidad como conjunto.

La experiencia de vernos desde el espacio cósmico hubiera debido generar un sentido de comunidad humana, liberarnos del círculo pequeño donde se han dado nuestros problemas y ubicarnos dentro del universo que se nos ofrece como nuestro campo de desenvolvimiento. Pero no nos hemos ubicado *interiormente* en la humanidad, y menos en el cosmos; nuestra conciencia de existir no se expande para coincidir con los límites de nuestros conocimientos y experiencias. Nuestros adelantos han resbalado por la superficie de nuestro yo pequeño y no han trascendido en la elección de nuestros objetivos ni en nuestras aspiraciones.

Necesitamos comprender mejor el origen de nuestras ideas, de nuestros deseos de renovación y de nuestras resistencias a una transformación.

Se podría decir que el impulso de saber tiene en nosotros un doble origen: el instinto de conservación, común con la especie animal, y el anhelo de liberación, privativo del ser humano.

El instinto de conservación hace que cada vez que alcanzamos una meta queramos hacer de esa realización una posición absoluta y definitiva. El instinto de conservación provoca la resistencia al cambio, nos hace interpretar que la estabilidad, el no-cambio, es seguridad.

Por otra parte, el anhelo de liberación va más allá de lo que el instinto de conservación puede exigirnos. Nos hace sentir

insatisfechos con la estabilidad que podamos haber alcanzado, mantiene en nosotros una inquietud que nos hace avanzar en el conocimiento; nos incita hacia una actitud dinámica que busca en el cambio no sólo una renovación sino nuestro desarrollo como individuos y la realización de las nuevas posibilidades que descubrimos o atisbamos.

La lucha entre estas dos fuerzas marca la línea de nuestra historia. Esta lucha no se desarrolla únicamente entre los diferentes grupos ideológicos o entre las generaciones, sino en nuestro interior, y asume características diferentes a lo largo de nuestra vida.

El predominio de cada una de estas fuerzas ha determinado periódicamente las características de los diferentes momentos del ser a lo largo de su desenvolvimiento, ya como individuo, ya como humanidad.

Cada vez que damos un paso adelante en el conocimiento de la vida y el universo necesitamos re-ubicarnos. Es decir, cada avance en nuestro saber debería traducirse en un adelanto en la visión que tenemos de nosotros mismos y de nuestra relación con el mundo y el universo y, consecuentemente, en un mejoramiento de nuestros valores. Esto significa una ubicación dinámica que nos permita permanecer, sin cristalizarnos, dentro del marco creciente de la realidad que abarcamos en nuestra conciencia.

Lo que deseamos recalcar no es sólo la necesidad de una re-ubicación, sino que ésta sea continua. De no ser así, cambiaríamos una visión del mundo y de la vida que ya no es actual por otra actual pero de la misma naturaleza.

No podemos impedir el progreso de nuestros conocimientos; la vida es experiencia continua. Este avance nos obliga a

crecer interiormente al ritmo de nuestro saber. De otra manera, nuestro conocimiento sería una acumulación de datos en vez de ser una enseñanza transformante.

La continuidad en la reubicación hace de la vida una experiencia incesantemente renovada, verdadera transformación dinámica. Pero esto nos exige libertad interior.

Necesitamos aprender a ser conscientes del mundo que conocemos y no sólo del que vemos. Aunque construimos telescopios que nos lanzan a la infinitud del cosmos seguimos basando nuestros objetivos y conductas en la percepción natural de los sentidos. Nuestra vida es sensible al mismo nivel que puede serlo en cualquier miembro de la especie animal.

La capacidad creadora y el mayor conocimiento no nos han dado, corrientemente, mayor profundidad en nuestros valores y aspiraciones sino sólo el poder de realizar deseos de posesión y sueños de dominio. Deseos de una persona minúscula en relación a las fuerzas que maneja. Esta distancia cualitativa entre el ser y su poder se traduce en la actualidad en conflictos que no sabemos cómo resolver.

Dividimos los problemas de acuerdo a los frentes en que hemos facetado la sociedad: económicos, sociales, políticos, espirituales. Por supuesto, así no hay solución; el ser es una unidad. Además, tenemos una idea muy particular de lo que debe ser una solución. La vida no es un problema que necesita remedio, ni nuestros problemas terminan con las soluciones corrientes; los problemas humanos no son acertijos a resolver ni agujeros que tapar. La mayoría de nuestros problemas son creados por nosotros mismos y no por la vida. El hambre se sacia con comida, pero el problema del hambre en el mundo no consiste actualmente en la falta de alimento

sino en nuestras aberraciones respecto del valor del individuo, de sus derechos y necesidades.

Las circunstancias que hoy nos colocan al borde de catástrofes mundiales no son una consecuencia natural de la vida sino del ansia insaciable de posesión, de la indiferencia, de la miopía de nuestras aspiraciones y de la cerrazón de nuestras ideas y creencias.

Nuestro mundo ha crecido; nos hemos quedado atrás. No nos entendemos ni nos damos cuenta de qué es lo que pasa porque permanecemos fuera de lo que hoy es nuestra realidad. No hay escape que nos salve; necesitamos enfrentarnos con lo que somos. En vez de buscar víctimas expiatorias, cada uno de nosotros debiera mirarse a sí mismo, ampliar el enfoque con que considera la vida, a los demás seres y a su vida particular. Por no hacerlo hemos llegado a situaciones trágicas, sin salida.

Hablamos de cambiar estructuras, sin que hasta el momento hayamos llegado a un acuerdo respecto de cuáles son los cambios concretos que hay que efectuar, del modo cómo llevarlos a cabo ni tampoco de cómo ha de ser una estructura.

En realidad, lo que necesitamos cambiar es nuestro estado de conciencia. Necesitamos expandirnos interiormente.

Pero no podemos alcanzar una ubicación más universal en forma repentina; sería como saltar en el vacío. Podemos comenzar, entonces, por comprendernos a nosotros mismos y a nuestros problemas inmediatos en forma más amplia, por extender nuestro campo de conciencia desde un círculo pequeño hacia otro mayor y cubrir así, paulatinamente, nuestras posibilidades de desenvolvimiento.

Si bien no son muchos los que pueden alcanzar rápidamente una comprensión profunda del ser y de la existencia, todos tenemos la posibilidad de desarrollar una visión más universal de nosotros mismos, de la sociedad y del mundo.

Cuando logramos ubicarnos en forma integral cambia nuestra apreciación de la realidad y, por consiguiente, nuestro modo de pensar. Los problemas que hoy estamos sufriendo se muestran entonces como propios de etapas ya superadas del desarrollo humano, las que no podemos solucionar con medidas exclusivamente exteriores sino con una ubicación interior diferente, en y desde nosotros mismos.

Al hablar de una nueva manera de pensar no pensamos en cambiar la estructura del pensamiento ni pretendemos inventar nuevos valores. Una nueva manera de pensar es hacer que nuestro pensamiento, en vez de discurrir sin objeto ni gran conciencia, se haga expansivo y plenamente consciente, creador en sus resultados e inspirador en nuestras aspiraciones.

Esa nueva manera de pensar da vuelo a nuestro pensamiento, nos impulsa a liberarnos de la red de los pequeños intereses personales y a descubrir intereses más amplios en nuestros objetivos. Una nueva manera de pensar es, entonces, dejar de pensar desde un yo empequeñecido por el egoísmo y hacer de los seres, como individuos y como humanidad, el centro de nuestro interés y de nuestro esfuerzo. Nuestro ser —y el de cada uno de los seres humanos— se nos muestra así en sus posibilidades incontables. Ya no es un mero consumidor de bienes materiales e intelectuales sino que revela su potencial espiritual y su capacidad de realización interior.

La crisis del éxito

Nuestra sociedad es la sociedad del éxito.

Sin embargo, no siempre tenemos una noción clara de adonde queremos llegar. Deseamos triunfar, ser "alguien"; pero ¿qué es triunfar para nosotros?

Con el concepto de éxito expresamos, en realidad, el anhelo de alcanzar nuestra realización. Pero no escogemos nuestra realización como el resultado de una conciencia profunda de lo que somos y anhelamos; perseguimos el éxito a través de las metas tácitas de la sociedad en que vivimos: amor, dinero, reconocimiento, poder.

No discutimos esas metas; damos por descontado que son las mejores para cada persona, para su familia, su país, el mundo. Tampoco nos resulta claro cuándo hemos alcanzado éxito, ya que no nos resulta fácil distinguir qué clase de amor es amor, ni cuánto dinero, poder o reconocimiento es la medida del éxito.

La sociedad, por sus valores de éxito y de consumo, nos presiona y despoja implacablemente. Nuestro nombre importa sólo en la medida del reconocimiento que logramos; somos un consumidor genérico, tanto de bienes como de ideas. Tampoco se nos ofrecen demasiadas opciones para poder discernir; incluso las noticias que nos informan son parciales y tendenciosas. No hemos aprendido a pensar porque ya no distinguimos nuestro propio juicio de las opiniones colectivas; no hemos aprendido a ser libres porque tenemos miedo. Entonces reaccionamos: queremos poseer, para

compensar nuestro vacío interior. Y en nuestro afán de posesión nos lanzamos tras valores ajenos a la vida, artificiales y convencionales: los *símbolos del éxito*. Y es ahí donde perdemos como seres humanos, al tratar de incorporar a nuestro ser bienes que son extraños a nosotros, postizos que disimulan la deformidad pero no la cubren.

Comenzamos por confundir al éxito con la posesión de los símbolos de éxito y, al fin, terminamos por confundirnos pensando que somos los símbolos que exhibimos.

No decimos: tengo dinero; decimos: soy rico, sin sospechar siquiera qué significa ser rico. No decimos: conozco esta profesión; decimos: soy médico, soy abogado, soy ingeniero. Nos identificamos con un símbolo que al final es una placa en la puerta, un nombre con un título delante que nos dice quiénes somos, en vez de manifestar simplemente aquello que sabemos o administramos.

Perdemos nuestra su identidad; pensamos, sentimos y actuamos en función de los símbolos de turno. Estos símbolos no se cuestionan; estamos programados hacia el éxito exterior y superficial. Pero lo artificial y convencional, ajeno al ser y a la vida, no puede poseerse; sólo puede lucirse.

El ansia de signos exteriores puede satisfacerse masivamente. Los símbolos del éxito se producen en serie, desde el dinero en billetes hasta los automóviles de lujo.

Mas el anhelo de plenitud no se sacia con bienes exteriores ni con símbolos convencionales. La necesidad interior de realización se satisface individualmente en forma profunda, por el ser mismo.

Los valores interiores, aquellos que pueden dar la paz y felicidad deseada, no tienen lugar en la carrera hacia el éxito; no se ven, no pueden contarse ni exhibirse.

No importa ya, por ejemplo, si el hogar es un mero formalismo, sin amor ni entendimiento; vale según los símbolos: casa, muebles, artefactos, ubicación.

Pocas veces importa si el trabajo es un engaño a la sociedad, si nuestra capacidad es desperdiciada y nos transforma en ser en alguien para una silla. Vale según el sueldo, que marca el status.

Pocas veces importa si el trabajo que nos permite subsistir es diferente de aquél para el que hemos nacido y no condice con nuestras aptitudes: "hay que vivir".

Pocas veces importa si los círculos sociales en que nos movamos puedan ser vacíos, viciados y corruptos; valen según la importancia de las personas que lo integran y el nivel económico de las relaciones.

Comprometemos nuestra vida, nuestras posibilidades, nuestra felicidad, en una carrera hacia la adquisición de símbolos artificiales. Y perdemos así el sentido profundo de los valores humanos. La carrera hacia el éxito nos deja vacíos, sin contenido.

El lugar que ocupamos en la sociedad no se basa en nosotros como individuos, sino en los símbolos que podemos mostrar.

Nuestro ser desaparece así tras los símbolos, ya no existimos como personas; dejamos de ser sujetos para transformarnos en portadores de baratijas.

Perdemos así el respeto que nos debemos a nosotros mismos.

Queremos más de lo que podemos necesitar y usar, porque es símbolo de éxito el exceso en la posesión, aquello que nunca podrá ser nuestro porque no lo necesitamos ni podremos consumir con provecho.

El concepto actual del éxito deriva de un sistema de competencia despiadada.

La carrera por conseguir los símbolos artificiales del éxito supone el fracaso o la postergación de otros, ya sean individuos o grupos humanos.

Cuántas veces hemos escuchado: "En esta sociedad somos muchos los que llegamos; todos tenemos oportunidades". Pero en la pirámide del éxito hay menos espacio cuanto más alto se sube. Al final llega uno, que está parado sobre todos los demás.

Esa competencia hace del éxito, como usualmente lo entendemos, una oposición entre unos y otros, entre el individuo y la sociedad, entre la persona y el medio.

Se traslada al medio la imagen de la naturaleza amenazante, y la persona se comporta como el primitivo que mata o muere.

Olvidamos que ya no vivimos ni en la cueva ni en la selva, que hemos cambiado y que nuestras posibilidades ya son otras.

No obstante, todavía el triunfo de algunos significa la humillación de muchos.

El concepto actual del éxito descansa en supuestos que hacen las relaciones sociales agresivas y violentas; es la ley de la selva aplicada a las relaciones humanas.

La competencia de unos contra otros por escalar peldaños del éxito destruye finalmente los valores morales y espirituales, y hace del individuo una fiera devoradora de las posibilidades de otros individuos.

Lo importante hoy, en el mundo, no es descubrir dónde está la verdad sino quién gana, porque *quien gana tiene razón y su verdad es la verdad*.

Ganar es el símbolo del éxito. Un concepto bien aplicado a la bestia más feroz no puede servir para medir las realizaciones humanas. Sin embargo, el triunfo por la violencia es la corona de nuestros símbolos del éxito.

Los slogans impulsan a todos hacia el éxito exterior, pero desconocen o ignoran deliberadamente que el mundo no está poblado con triunfadores ni con artistas de moda.

En la sociedad actual son muy pocos los que pueden alcanzar los símbolos del éxito.

Alentar a todos hacia una ilusión que muy pocos podrán realizar es sembrar el sentimiento de fracaso en los que seguramente no han de llegar, sin evitar por eso la desilusión en los que triunfan.

Los símbolos del éxito ofrecen plenitud y alegría de vivir; dicen: triunfe y será feliz. Uno entiende que, una vez que tenga tanto dinero, poder o gloria, se sentirá realizado, en paz consigo mismo y con el mundo.

Quien no llega se siente fracasado, pero el que llega, aunque comprenda que todo ha sido una ilusión no lo puede decir, ni menos confesárselo a sí mismo. Sería admitir que no ha llegado a ninguna parte: *debe* sentir que alcanzó el éxito; *debe* continuar la fábula del triunfador; *debe* demostrar a todos que ha llegado. ¿A dónde?

Los símbolos del éxito prometen una felicidad que no pueden brindar.

Cuando no empujan hacia la decadencia y la degradación, pagan las abultadas cuentas de los terapeutas y de las drogas sedantes.

Quien está al pie de la cuesta vive de la ilusión de la meta. Tiene algo que desear, un objetivo concreto para comprometer en él los esfuerzos de su vida.

La carrera hacia el éxito está llena de promesas, pero el arribo a la meta significa llegar a una plaza vacía que termina en un descenso.

El éxito humano se admira y envidia desde afuera, pero sólo por dentro se conoce su vacuidad e inconsistencia.

La sociedad no perdona; quien llega a la cumbre inmediatamente es empujado por los que quieren suplantarlo.

La crisis del éxito se muestra en la desesperación por ganar de una sociedad que destruye al mundo para salvarlo.

El individuo fracasa para que triunfen sus símbolos.

¿Dónde quedaron nuestros anhelos de realización, esa ansia de llegar a *ser*, de alcanzar plenitud a través de una transformación interior producida por nuestro desenvolvimiento?

Sacrificamos lo que somos con tal de ostentar los símbolos del éxito.

Desaparecemos bajo el peso de nuestros símbolos de fantasía.

El éxito es un fantasma que no encarna en la vida.

Las consecuencias de nuestro concepto del éxito son la competencia sádica, ya entre individuos, ya entre naciones;

la demagogia como política y la guerra como recurso económico.

No se puede lanzar en vano a unos contra otros en nombre de un triunfo ilusorio; el resultado es una sociedad dividida, convulsionada y en camino hacia la autodestrucción.

En la mayoría de los países, cuando el niño llega a la edad escolar ha visto un promedio de ocho mil horas o más de televisión.

De esta manera ha estado en contacto directo con la delincuencia, el crimen, la destrucción planificada y eficiente de las guerras modernas; las críticas a esas guerras, las crisis espirituales y religiosas, los melodramas que desfiguran y rebajan los valores morales, lo que se debe anhelar y consumir para tener éxito.

Como consecuencia, más adelante suele reaccionar contra las generaciones que lo precedieron y contra sus valores.

Pero ya ha sido sometido a una presión ideológica por la propaganda que ha estandarizado sus ideas antes de que pueda desarrollar una capacidad interior de defensa, antes de que cuente con suficiente discernimiento para protegerse.

Si bien por un lado reacciona contra la sociedad, ya no puede impedir que sus pensamientos y deseos sean ajenos a él. Ya están injertados en su mente los símbolos que siente que debe conquistar. Ya está programado para ser lo que el medio espera de él: consumidor eficiente e insaciable de bienes, de modas, de noticias, de ideas.

El niño puede rechazar a la sociedad en que vive, pero consume desesperadamente sus símbolos. Él está dividido; al reaccionar contra la sociedad lo hace contra sí mismo. Interiormente se rebela, pero sólo se reconoce y se identifica

como un producto más de su sociedad. Cree que tiene pensamiento propio cuando reacciona contra el medio, pero su reacción es una simple consecuencia de ser parte de ese medio.

¿Qué puede hacer?

En su visión dualista de las soluciones sólo distingue dos actitudes: aceptar o rebelarse. Pero cuando se rebela se destruye interiormente. No puede comprenderse a sí mismo; no puede separar lo que en él está programado de lo que él es, necesita y aspira.

Está programado por la cultura y sus medios de comunicación, los que se han hecho agentes de propaganda.

Está programado por una educación que informa pero no forma. Abstraído de los problemas de la vida por programas de estudio que prescinden del contexto en que vive; por una educación que mantiene al alumno ajeno de la realidad y de los problemas que sufre sin saber por qué; por una información abrumadora acerca de lo que la humanidad ya conoce, pero que no conecta con el momento en que se vive y aleja de los problemas de la vida; una información que, cuando estudia los problemas vitales, da una visión tan parcial o teórica que se hace nociva en sus consecuencias. Él aprende teorías, técnicas y doctrinas, pero no aprende a vivir. Luego, su ubicación en la vida y el mundo es dejada al libre juego del medio, la suerte y su capacidad para adaptarse y sobrevivir.

Pero él está ya programado hacia un éxito que no alcanzará. Lanzado en una carrera sin final y sin destino. Esto nos obliga a una toma de conciencia.

Muchos podrán decir “yo no tengo problemas, no persigo un éxito extraordinario; no tengo ambiciones desmesuradas, me conformo con lo que ya he alcanzado”. Está bien; es fácil vivir una vida sin pretensiones, pero esta postura puede albergar una visión superficial de la existencia, una visión que huye de los problemas. Es muy difícil dar contenido a esa vida programada hacia la nada.

La posesión de símbolos no es realización individual sino, simplemente, acumulación.

Los símbolos que perseguimos no valen lo que pagamos por ellos.

La vida y el ser no tienen un precio material.

Nuestro error consiste en querer comprar con símbolos materiales un valor vital.

Necesitamos replantear nuestros postulados y analizar nuestros símbolos, tomar conciencia de que reaccionamos en forma automática e inconsciente en la elección de nuestros objetivos. Necesitamos individualizarnos para poder discernir.

Discernir es distinguir lo cierto de lo falso. Discernamos, entonces, para rescatarnos a nosotros mismos.

En vez de azuzarnos para destruirnos deberíamos hacer del éxito un concepto universal, que incluya a los seres y amplíe nuestra noción de ser.

La capacidad de triunfar tendría que estar unida a un concepto expansivo de responsabilidad. Pero el concepto personal del éxito destruye la posibilidad del esfuerzo y de la realización común.

Mientras no cambiemos la idea personalista del éxito por una conciencia de desenvolvimiento humano, los esfuerzos individuales terminarán siempre en el enfrentamiento de las colectividades.

El triunfo personal debería ser inseparable del bien del conjunto

Esto cambiaría el concepto del éxito; dejaría de ser un derecho al libre usufructo de la ventaja de los símbolos para transformarse en un bien que se transmite y se vuelca sobre todos.

Son innegables las diferencias entre los seres humanos; algunos tienen la capacidad de lograr lo que otros no alcanzan por sí mismos. Esas diferencias han sido explotadas en la acumulación de símbolos que se usan contra los demás. Pero la capacidad personal es un bien cuando se vuelca sobre el conjunto por un sentido interior de participación.

Los dones que muestran el desarrollo de un individuo lo rebajan cuando éste no los usa a la altura de ese desarrollo.

Vender nuestros dones a los símbolos del éxito nos deja solos con los símbolos, siempre en desmedro de nuestros valores interiores.

En cambio, cuando brindamos nuestra capacidad más allá de nuestro interés particular, esa capacidad se multiplica y transforma nuestra realidad interior porque amplía nuestra conciencia de ser. Esta expansión se expresa en un bien interior profundo y permanente, un bien que no perderemos. Nos lleva a una cima de la que nadie nos puede desplazar porque es intrínseca a nuestro ser. Es fruto de nuestro desenvolvimiento interior, de nuestra realización espiritual.

Brindar lo mejor de nosotros, compartir nuestros dones, aquello que realmente nos pertenece, es lo que nos hace crecer, porque sabemos que dar nunca se limitó a lo que pudiéramos dar de nuestro bolsillo.

Creemos cuando dejamos de acumular símbolos y nos desenvolvemos como seres humanos; creemos cuando, por brindar nuestras capacidades, multiplicamos nuestras posibilidades.

Triunfamos cuando nos desprendemos de los símbolos. Nos hacemos libres cuando no dependemos de los signos del éxito.

Entonces, el éxito desaparece como sinónimo de triunfo y cada cual se muestra como un símbolo vivo por su desenvolvimiento interior permanente, por la realización expansiva de sus posibilidades incontables.